

El Obispo en la Comunidad de Hermanos

Por Karl Rahner, S. J.

He aquí lo que dijo el P. Rahner en una conferencia dada en Basilea (Sulza) en 1965 y que se publicará en el volumen VI de "Schriften zur Theologie", sobre la Constitución "Lumen Gentium".

"El Obispo, enviado por el Padre de familias a gobernar su familia, tenga siempre ante los ojos el ejemplo del Buen Pastor, que vino no a ser servido sino a servir (Mt. 20, 28). No se niegue a oír a sus súbditos, a los que como verdaderos hijos suyos abraza y a quienes exhorta a cooperar amistosamente con él" ("Lumen Gentium", n. 27).

El texto citado del capítulo III de la Constitución "Lumen Gentium" parecerá evidente al cristiano del mañana. Los obispos serán entonces hombres a quienes su episcopado no conferirá ningún rango especial en la sociedad profana, ningún poder terrestre, ningún enriquecimiento. Ante los ojos del mundo no tendrá nada de notable el ser "jefe del pequeño rebaño", y la situación social del obispo no será muy diferente de la de un presidente de asociación que depende de la buena voluntad de sus miembros. El cristiano al aceptar la obediencia a su obispo, de ninguna manera tendrá la impresión de estar situado en un plano inferior. Encontrará muy natural que un pequeño rebaño de creyentes tengan necesidad de una jerarquía puesta por el Espíritu Santo y que le haga falta un jefe que pueda tomar decisiones que comprometan en la doctrina y en la acción y que el Espíritu que anima a toda la comunidad esté con ellos en sus decisiones.

Este cristiano, que no será el producto de una simple presión sociológica, sino que tendrá una fe personal y libremente consentida, concebirá a su obispo como a aquél que sostiene su propia fe. Será como en la antigua Iglesia de los mártires. No habrá otra posibilidad para un obispo que la de hacer un llamado, en cada una de sus decisiones, con toda humildad y caridad, a la comprensión y obediencia libremente aceptada por sus fieles. No pudiendo apoyarse ya más sobre un prestigio social tradicional, o sobre una gran masa de fieles agrupados tras él, el obispo revestirá su autoridad como el más grande de los servicios.

Nadie puede prever el futuro, pero es posible además que en la diversidad y complejidad de los problemas que se presentarán, tanto en la doctrina como en la vida cotidiana, la jerarquía eclesiástica de mañana estará obligada a abandonar muchas más cosas a la decisión práctica de las conciencias individuales. Y por ello, ya

desde ahora, ante ciertas decisiones, podría hacerse necesario un consejo colegial. Nadie, en efecto, en la Iglesia tendrá deseo de imponer como un derecho permanente e inmutable, decisiones que no son de suyo universales y que por otra parte no corresponden ya a las necesidades actuales.

La Iglesia comprenderá también probablemente que el factor más decisivo en el pensamiento y en la acción no se halla en un refinamiento de la casuística en materia de dogma o de moral, sino que lo esencial es el anuncio en un lenguaje nuevo de verdades antiguas y fundamentales, como por ejemplo: "El misterio de un Dios que nos ama, nos protege, nos perdona, no está lejos de nosotros"; "Los problemas insondables de nuestra vida eterna"; "Morir es entrar en la vida"; "Jesús de Nazaret es aquel en quien Dios se hace totalmente cercano a nosotros"...

El conocimiento, bueno y necesario, que la Iglesia adquiere de ella misma en este Concilio, no será probablemente la última fase de la teología. Otra etapa debe seguirse, aún más importante, para la cual el presente Concilio habrá servido de precursor. La doctrina sobre la colegialidad permanecerá, más meditada con amor, sobre todo puesta en práctica. Pero la hoja sobre la cual está impresa, aparecerá a los cristianos de mañana como un palinsesto. Escarbando el texto actual, situado en la superficie, se descubrirá un texto más santo aún, cuyas palabras dirán simplemente: "Amaos como hermanos en Cristo".

He aquí por qué el cristiano del mañana leerá frecuente y atentamente los capítulos II y IV de nuestra Constitución. Sonreirá ligeramente al encontrar aún un ligero tinte clerical en estos textos sobre el Pueblo de Dios (cap. II) y sobre los laicos (cap. IV). Pero sin embargo los amará, porque expresan unidad en el Señor y porque la distinción de que se trata aquí, entre la jerarquía y los fieles, proviene finalmente de un amor más profundo hacia Dios y hacia los hombres, del amor que nos hace UNO en Cristo. Las diferencias jerárquicas son indispensables, pero permanecen secundarias. Corresponden a una situación provisional, en la que un hermano se somete en el amor a otro hermano, porque la función de este otro no es otra cosa que un servicio y una responsabilidad sagrados.

Conclusión: Visión llena de esperanza sobre el porvenir del cristianismo.

"Aquel pueblo mesiánico, por tanto, aunque no contenga a todos los hombres como algo ya realizado y muchas veces aparezca como una pequeña grey, es sin embargo el germen firmísimo de unidad, de esperanza y de salvación para todo el género humano. Constituido por Cristo en orden a la comunión de vida, de caridad y de verdad, es empleado también por El como instrumento de la redención universal y es enviado a todo el mundo como luz del mundo y sal de la tierra" ("Lumen Gentium", n. 9).

¿He hablado demasiado poco del Concilio en sí mismo? No lo creo, porque lo esencial no se encuentra en la letra de los decretos promulgados. Estos deben ser traducidos por cada uno de nosotros en nuestra vida y en nuestros gestos. El espíritu, las orientaciones, las perspectivas, los objetos elegidos: he ahí lo principal, he ahí lo que permanecerá y lo que deberá desarrollarse.

Estas grandes orientaciones del Concilio pudieran aparecer aún como sumergidas en sentido opuesto por una corriente de prudencia, de inquietud ante la renovación de la Iglesia o de los errores siempre posibles en la interpretación de los textos. Para los observadores de estrecha visión podría parecer que después de tantas palabras no ha cambiado nada. En realidad las semillas de una nueva cosecha han sido a pesar de todo sembradas en el campo de la Iglesia y del mundo. Se trata de un espíritu nuevo, de un nuevo valor para atreverse a mirar al futuro de una manera auténticamente cristiana. Es

Dios quien decidirá el clima en que deberá madurar esta pequeña semilla, El es el Señor de la historia y el que la tiene en sus manos.

La Iglesia, por lo tanto, se confía a la historia. No quiere ni puede reconstruirse nuevamente según los planes abstractos, preparados de antemano en los escritos de los teólogos, de los políticos, de los periodistas y de los teorizantes impacientes. Ella es, vive y quiere permanecer fiel a su pasado y a su porvenir, guarda su profundidad y su misterio a través de todas las especulaciones teológicas. Nada conoce de antemano sobre su porvenir terreno, continúa penosamente su peregrinación conducida únicamente por los caminos misteriosos de la Providencia, quiere ser como el guía montañero en su marcha hacia su Dios.

La Iglesia sabe que no es solamente el sacramento y el signo de su propia salvación, sino que es el sacramento de la salvación del mundo. Sabe que para servir al Dios de la Alianza —esta Alianza de la cual es la realización —debe engrandecer al Señor más que a ella. Debe testimoniar que la gracia, de la que permanece como signo eterno, es concedida por Dios como prenda de victoria, también a los que todavía no han descubierto a la Iglesia visible y sin embargo viven de su espíritu, es decir, del Espíritu Santo, el Espíritu de amor y de perdón. La Iglesia sabe que ella no será verdaderamente lo que debe ser, sino formando una comunidad de hermanos, y de hermanos que se aman los a los otros. Ella también debe decir con San Pablo: "Si hablare las lenguas de los hombres y de los ángeles y no tuviere caridad, soy como un bronce que resuena o un címbalo estruendoso".

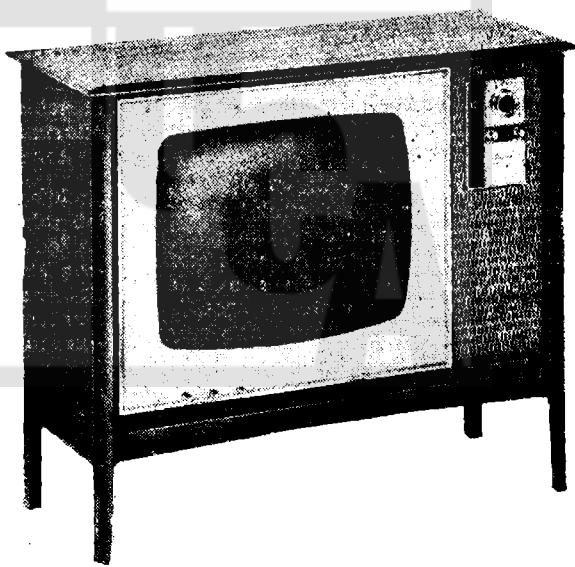
TELEVISORES

SYLVANIA

con el exclusivo

HALO-LIGHT

Margen de luz que protege
sus ojos y pantalla
cuadrada. Disponible en
variedad de modelos.



**Agencias
Electrónicas, S.A.**

Calle Rubén Darío 531